ENSAYO

Saber mirar, saber pensar

El entomólogo Fredrik Sjöberg mezcla en su libro biología, memorias y reflexiones, partiendo de sus vivencias con los sírfidos o moscas de las flores

TONI AIRA

En *El arte de coleccionar moscas* en teoría el entomólogo Fredrik Sjöberg (Västervik, 1958) cruza su biografía y la de otro sueco estudioso de los insectos, René Malaise, con la historia natural. Pero no se equivoquen, tanto las moscas como las andanzas de estos dos investigadores son un gran Mcguffin, como aquellos que Hitchcock ponía en juego vía película.

En sus filmes, una fórmula secreta, un puñado de dólares, una botella sin champán, un par de llaves, un metro de cuerda o dos entrañables periquitos podían ser eso, un Mcguffin, es decir, una excusa perfecta para crear historias únicas. El rey del suspense nos podía hacer creer que eran los protagonistas, pero no. Igual como las moscas y los insectos en general, en este bestseller publicado originalmente en 2004 y traducido a una decena de idiomas, ahora al español.

Es una apuesta arriesgada a la vez que un juego divertido y muy hábil, donde el autor mezcla biología, memorias y reflexiones, partiendo de sus vivencias y aprendizajes con los sírfidos o moscas de las flores. Por esta originalidad, Sjöberg recibió un premio Ig Nobel, la parodia norteamericana de los premios Nobel que reconoce logros científicos "que hacen reír y luego pensar". Lo premiaron, de hecho, por el ingenio que desplegó en la trilogía compuesta por este *El arte de coleccionar moscas* y dos libros posteriores, *El arte de la evasión* (2006) y *El rey ruso* (2009).

Pero, si las moscas y una rica descripción de momentos interesantísimos de la historia natural no son más que una excusa, ¿quién protagoniza de verdad el libro? La respuesta está en otro relato con insectos de por medio: *La lengua de las mariposas,* de Manuel Rivas, primero cuento y luego película. En esta historia, un maestro de la Galicia de 1936 enseña a un joven alumno mediante el contagio del entusiasmo por la observación, es decir, por el saber. Y el niño, en contra del prejuicio que podía despertar al inicio del relato, se acaba volviendo cada vez más curioso. Ahí está la esencia del libro de Sjöberg.

Lo dice el autor sobre su referente, René Malaise: "Las mariposas no fueron más que un entrenamiento. Unos cuantos años de aprendizaje". Un aprender a hacer aquello que Vincent van Gogh defendía en sus cartas: "Salid a mirar las estrellas". Se lo contaba a su hermano. Y estas pequeñas cosas, mirar una estrella o una mosca, en teoría tan simples y poco productivas, también pueden transformar una vida y ayudar a pensar.

Este tipo de ensayo, que era de un estilo difícil de encontrar cuando se publicó por primera vez, ahora ya es tendencia. Por esa combinación de saber profundo que además se explica de forma atractiva y con voluntad (bien resuelta) de contagiar entusiasmo por la pasión que mueve al autor a escribir un libro.

"Bastan los colores para ponerme de buen humor", dice Sjöberg. Pero para que eso pase, antes se debe saber mirar o, como mínimo, tener la intención de hacerlo con un punto de consciencia de aquello que se vive. Los entomólogos, por deformación profesional, lo ejercitan más que la media. Pero, ¿y el resto?

¿Sabemos centrar lo suficiente nuestra distraída atención en algo, con ganas de conocer? Conocer el qué, se preguntarán los más escépticos. Sjöberg responde: "Nunca se sabe de antemano para qué puede servir el conocimiento, por muy inútil que parezca". Y ahí salta la banca con la esencia de este estimulante ensayo, al más puro estilo de *La inutilidad de lo inútil,* de Nuccio Ordine. /

/ Fue premio Ig Nobel, la parodia de los Nobel que reconoce logros científicos "que hacen reír y luego pensar"

/ ¿Sabemos centrar lo suficiente nuestra distraída atención en algo, con ganas de conocer?

Fotografía de una mosca de jardín

BARNABYCHAMBERS / GETTY

Fredrik Sjöberg
El arte de coleccionar moscas
Libros del Asteroide
Trad. de M. Jiménez y P. Zetterlund
240 páginas
19,95 euros

// Libroscopio

Quitar puertas al campo

ANTONIO ITURBE

Si hay una tendencia potente en la literatura catalana actual es la mirada hacia el mundo rural y, además, con firma de mujer. Un día la artista y escritora Irene Solà decidió cambiar Londres por Malla, el pueblo de su infancia en la comarca de Osona. Deslumbró con su manera de dar voz al paisaje en *Canto jo i la muntanya balla.* Su última novela, *Et vaig donar ulls i vas mirar les tenebres* (Anagrama), despliega su narrativa susurrada y escuchamos las mil historias de una masía a pie del Pirineo habitada por mujeres singulares.

El premio Josep Pla recayó este año en *La llei de l'hivern* (Destino), el debut novelístico de Gemma Ventura, que se bandea entre la música, la docencia y el periodismo cultural. Ella es de El Vendrell, pero sitúa la acción en un pueblo mucho más pequeño y recóndito donde la muerte de un ser querido hace regresar a la protagonista. Es una novela poética y profunda en la que la naturaleza es mucho más que un decorado. Hablo con ella y me dice que "la naturaleza es la gran maestra: la primera que nos enseña es que todo es cíclico, que después del invierno, aunque parezca imposible, renace la primavera. Y la vida y la muerte conviven en cada momento".

Anna Punsoda acaba de publicar en la editorial Pòrtic *La terra dura,* el relato de su propio retorno, con su marido barcelonés y sus hijos, a su pueblo de infancia en Plans de Sió, en medio de la Segarra. "Era mi lugar y reconciliarme con mi lugar era la única manera que tenia de reconciliarme conmigo misma". Le pregunto por qué cree que la literatura catalana mira más allá del cemento de la ciudad: "Creo que hay un factor político, la derrota del 1 de octubre ha traído un repliegue de los catalanes. También hay un factor económico, la inflación hace muy difícil la vida en Barcelona. Y, finalmente, hay una crisis de la idea de progreso, que nos obliga a replantearnos el sentido de nuestras vidas y que, sumada a una nueva sensibilidad ecologista, nos devuelve a un mundo más básico y transparente".

Un caso de retorno al mundo rural es el poderoso libro de Vanesa Freixa, *Ruralisme* (Ara Llibres). Ese aislamiento acompañado de vecinos que socializan poco pero se ayudan cuando se necesitan, la denuncia de la forma de vida que nos hace devastar animales y suelos cuando podríamos hacerlo de otra manera... Le escribo un correo electrónico para mandarle unas preguntas y me responde que prefiere contestar de viva voz. Tiene razón, todo es mejor al natural. Freixa es de esas personas que viven como piensan: su casa está en el Pallars, aislada, con la compañía de su familia, un huerto y su pequeño rebaño de ovejas de raza *xisqueta*. Me dice "Yo quiero otro mundo, ¿y cómo lo voy a conseguir?

PERE BASCONES

Vanesa Freixa en el Pallars

/ Irene Solà, Gemma Ventura, Anna Punsoda o Vanesa Freixa nos han hecho volver la vista al mundo rural

Pues empezando por mí misma". Sobre el desprecio a las personas del mundo rural, cree que "las han hecho sentir inferiores a la gente de la ciudad. Saber hacernos nuestros alimentos, nuestros refugios... eso se ha despreciado y, finalmente, nos hemos convertido en una sociedad muy inútil, que no tenemos capacidad de hacer prácticamente nada. Estamos a punto de eliminar los últimos reductos de autonomía: esas personas que tienen el conocimiento para hacerse las cosas por sí mismas y que no dependan cien por cien del capital".

Sobre la actual tendencia literaria hacia lo rural... "Hay libros que nos han hecho girar la vista hacia ahí. Habría que ver si se hace por una tendencia o porque hay realmente una voluntad, que es lo que me gustaría; darnos cuenta de que llevamos una vida muy descentrada de lo esencial, que nos hemos alejado muchísimo de la naturaleza y eso provoca un malestar. No podemos idealizar esos entornos, hay seres humanos y pasa de todo, pero conservan un espacio más preservado que nos vincula con las cosas verdaderas". /